

VaRiA

invención

EINSTEIN O LA ETERNIDAD

Verónica Volkow

luz soy del mundo
Evangelio

La teoría de la relatividad descubre que alcanzando la velocidad de la luz el tiempo se extiende infinitamente, el espacio se desvanece, la materia se convierte en energía.

El espacio se vuelve sombra, mientras que el tiempo al eternizarse se despliega en tres dimensiones. Basta invertir estas características para darse cuenta de que la forma en que se manifiesta el tiempo a la velocidad de la luz corresponde a la misma en la que lo hace nuestro espacio y viceversa.

A la velocidad de la luz, los ejes de coordenadas espacio-tiempo giran, los cuerpos caen en su sombra y el tiempo abre en tres dimensiones simultáneas el presente, el pasado y el futuro que antes llevaba doblados en su seno. Einstein esboza la escalera para este artefacto de infinito en donde cada ser coexistiría con su pasado y su futuro. (A lo mejor el ser podría allí recorrer a guisa su historia de arriba a abajo como quien recorre un túnel de máscaras sucesivas.) Con la teoría de la relatividad, Occidente cierra un circuito volviendo a encontrar la promesa de un cielo. El panorama de este *topos einstenianus* sería el de una eternidad sus-

tentada en un centro, raíz o factor determinante: la luz. La luz, dios del Universo.

Quizá ese por qué en el fondo de todas las causas ante el que se espeluznaba Einstein fuera simplemente una semilla de luz que fue creciendo, revelándose. La luz es revelación, substancia divina que permite descubrir el mundo.

Al convertir la materia en energía se cumplen los otros miembros de la ecuación: se alcanza la velocidad de la luz, el espacio se adelgaza en sombra, el tiempo se extiende infinito. Nadie puede decir que Hiroshima y Nagasaki no abrieron una dimensión nueva a un pueblo y que este tiempo que nos mata no es el espacio que ellos pisan. En este caso nuestro espacio también sería su tiempo o el tiempo de otro pueblo que nos mató con una bomba atómica, lo que viene a destruir toda hipótesis de posible eternidad.

Quizá nos replegamos a la muerte para desplegar otra vez cuando las coordenadas giren en el final del mundo, dando vida así, con nuestra propia muerte, a una serie infinita de repeticiones intermitentes de nosotros mismos. A lo mejor somos estatuas cintillantes.